

187

187

187  
187

GLORIAS  
DE  
MEXICO

PQ7297

.P599

G56

107050



102006219



1070,30

A Fulgencio Vargas, inspi-  
rado poeta y escritor de  
galano estilo, con todo el  
Cariño de su amigo:

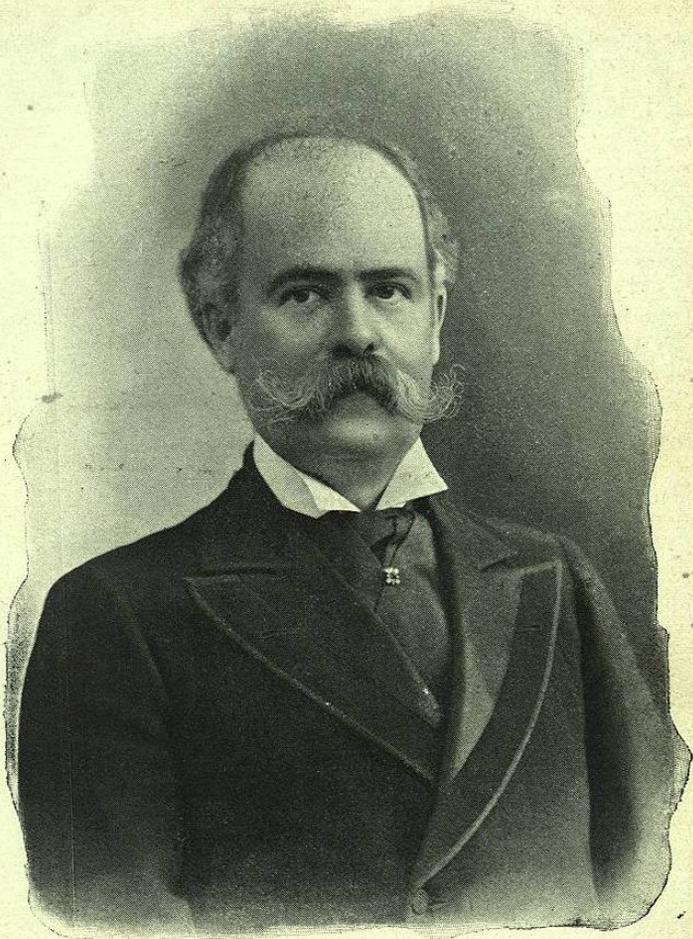
*Juan de Dios Peza*

AS GLORIAS DE MÉXICO

MUSA ÉPICA

CANTOS Á LA PÁTRIA

México 27 de Marzo de 1905.



JUAN DE DIOS PEZA.

LAS  
GLORIAS DE MÉXICO

MUSA ÉPICA

CANTOS A LA PATRIA

POR

*JUAN DE DIOS PEZA*

NUEVA EDICIÓN

con las más modernas poesías patrióticas del autor  
ilustrada con láminas fotográficas

LIBROS Y PAPELES  
DEL PROFESOR  
FULGENCIO VARGAS

GUANAJUATO, GTO.

CASAS EDITORIALES

MÉXICO

MAUCCI HERMANOS

Primera del Relox, N. 1



BUENOS AIRES

MAUCCI HERM. OS É HIJOS

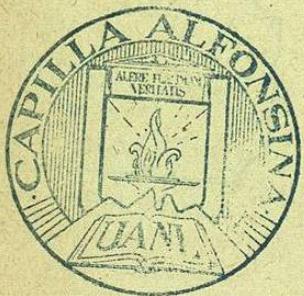
Calle Rivadavia, N. 1435

HABANA

JOSÉ LÓPEZ RODRIGUEZ

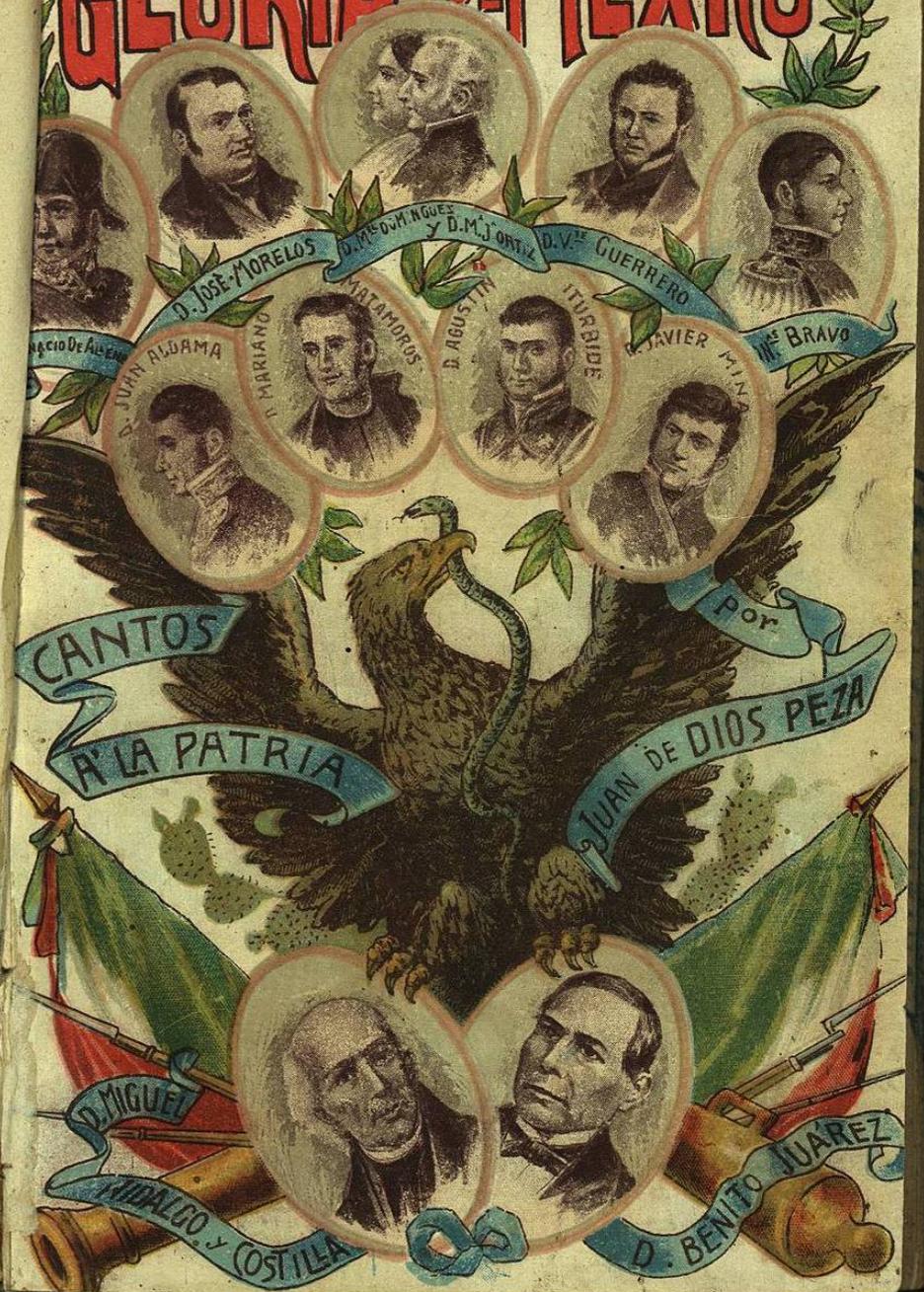
Calle Obispo, N. 133-135

Quedan asegurados los derechos de la propiedad literaria conforme á la ley.



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

# GLORIAS DE MEXICO



PQ 7297

P599

G56



## AL LECTOR

LIBROS Y PAPELES  
DEL PROFESOR  
FULGENCIO VARGAS  
GUANAJUATO, GTO.

**A**L triunfar la causa republicana en 1867, puede decirse que despertó en todo el país el espíritu aletargado por muchos años, de escribir y publicar todo cuanto se relaciona con las bellas letras en México.

Por esto, está en nuestro concepto bien definida, con el nombre de «Renacimiento Literario» la época á que nos referimos.

Poco se cultivó la bella literatura durante el Imperio. En 12 de Octubre de 1865, Maximiliano dirigió á su Ministro de Gobernación una carta indicándole su deseo de crear un teatro nacional, bajo la dirección del poeta español José Zorrilla. Todos saben que ese proyecto se inició en la práctica, representando el «Don Juan Tenorio» en la antigua capilla de Palacio, convertida en teatro. Pero ni el director, ni la obra, ni el autor del proyecto eran mexicanos. La dramática, como la lírica, estaban entumecidas y avergonzadas, por aquellos días, y puede asegurarse que de la primera sólo llamaron la atención, dos obras que atacaban directamente á la sociedad y al Gobierno. Una de ellas fué la comedia de José T. Cuellar titulada: «Un Ranchero de Irapuato», que puso de relieve las ridículas palabras y costumbres de los afrancesados; y la otra, una pieza compuesta por dos inteligentes alumnos de la Escuela de San Ildefonso, Don Victor Bannet y Don Martín Fernández de Jáuregui, denominada «El Sorteo», criticando el Decreto de enganches militares expedido recientemente y burlándose de las prácticas aristocráticas de la efímera Corte.

Fuera de estas creaciones nacionales, que naturalmente se prohibieron en cuanto fueron conocidas, nada nuevo se ofreció al público por aquellos días.

En la lírica, si se encuentran algunas producciones de mérito puramente gramatical, puesto que eran de correctos y atildados versi-

ficadores, que ni volaron nunca por los cielos de la inspiración, ni han dejado luminosa huella en los espacios de la Fama.

Debemos confesarlo con franqueza; los verdaderos poetas habían hecho lo que los antiguos cantores de Israel junto á los ríos de Babilonia, colgado sus arpas en los sauces, mientras pasaba la tormenta de dolores que les agobiaban.

Parece que con la victoria de las armas nacionales, la inspiración surgió con bríos nuevos, llena de lozanía y de frescura, como las hojas que visten en Europa á esos árboles que han pasado largos meses envueltos en sudarios de nieve.

A los pocos días de instalado el Gobierno Republicano, un inolvidable caballero, gala de la patria por sus ideas puras y sanas, orgullo del Foro por su sabiduría y ornamento de la sociedad por sus finas maneras, convocó en su casa para una reunión á todos los escritores y poetas que estaban en la Capital, para que solemnizaran la paz y el progreso, empuñando en vez del fusil y la espada, la lira y la pluma. Nos referimos al Sr. Lic. D. Rafael Martínez de la Torre.

En torno suyo, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Vicente Riva Palacio, Luis G. Ortíz, Manuel Peredo, Alfredo Chavero, Julián Montiel, Joaquín Téllez, Juan P. de los Ríos, Joaquín Villalobos, Justo Sierra, Enrique Olavarría, José T. de Cuellar, Rafael González Paez, Juan A. Mateos, Lorenzo Elizaga, Juan Clemente Zenea y otros varios, hicieron oír de nuevo sus inspirados cantos y sostuvieron el movimiento literario de México.

Las *Revistas* del Sr. D. José María Iglesias, conteniendo los hechos más notables de la peregrinación de Paso del Norte y del dominio extranjero; los libros de D. Matías Romero, historiando todos los asuntos de nuestro Gobierno y el de los Estados Unidos; las *Reseñas sobre el Ejército del Norte durante la Intervención Extranjera*, escrita por D. Juan de Dios Arias; los *Ensayos Políticos*, del Sr. Elizaga; la *Reseña sobre la Campaña de Puebla*, por D. Pantaleón Tovar; los *Apuntes ó Memorias sobre la Intervención Extranjera*, que escribió, sin lograr concluirla, el Gral. Juan N. Mirafuentes; las obras de D. Manuel Payno, intituladas *Cuentas, Gastos, Acreedores, y Otros asuntos del tiempo de la Intervención Francesa y del Imperio*, y *Lecciones de Economía Política*; las *Memorias* sobre la revolución é independencia de México, por D. Anastasio Zerecero; el *Ensayo de un Estudio Comparativo entre México y los Estados Unidos*, por D. José Díaz Covarrubias; los *Apuntes sobre un Sistema Militar para la República*, por D. Manuel Balbontín;

los *Nuevos Métodos Astronómicos para determinar la hora, el azimut, la latitud y la longitud geográfica, con entera independencia de medidas angulares absolutas*, y el *Tratado de Topografía*, de D. Francisco Díaz Covarrubias; el *Compendio de Gramática de la Lengua Española, según se habla en México*, y el *Catecismo de Moral*, de D. Nicolás Pizarro; las *Lecciones de Geografía, Estadística Mercantil é Historia del Comercio*, de D. José María Baranda; la *Geografía Universal y Particular de México*, de D. Antonio García Cubas, y los *Estudios sobre la Educación*, de D. Ignacio Ramírez, así como otras muchas obras que no citamos para no pecar de difusos, demuestran evidencialmente el incremento que las ciencias y las artes adquirieron desde luego, á la sombra del pabellón republicano.

Respecto de Literatura, mucho tendríamos que decir; pero bástenos recordar que en aquellos días se publicaban obras de grande oportunismo; porque como dice el Sr. Altamirano: «el pueblo deseaba saber lo que había pasado en todos los ámbitos de la República; queria conocer personalmente á sus defensores y á sus enemigos, sus glorias y sus infortunios»; obedeciendo á esta necesidad, escribió Juan A. Mateos sus novelas «El Sol de Mayo» y «El Cerro de las Campanas»; y el inspirado Vicente Riva Palacio, publicó sus novelas «Calvario y Tabor», «Monja y Casada, Virgen y Mártir», «Martín Garatuza», «Los Piratas del Golfo», «Don Guillén de Lampart», «Las dos Emparedadas» y «La Vuelta de los Muertos»; Altamirano escribió y publicó deliciosas revistas de arte y letras; sus novelas «Clemencia» y «La Dama de Honor», sus «Rimas», verdaderos modelos de poesía americana, y fundó para gloria de México un elegante semanario intitulado: «El Renacimiento», con la constante colaboración de todos los escritores más notables; José María Ramírez, «El viejo», publicó sus originales novelas «Una Rosa y un Harapo» y «Los Pícaros»; D. Anselmo de la Portilla escribió su novela «Virginia»; Aniceto Ortega escribió «La Bruja de Beruley»; Enrique Olavarría, «El Tálamo y la Horca» y «Lágrimas y Sonrisas»; José Rivera y Río publicó sus «Flores del Destierro» (poesías), y sus novelas «El Hambre y el Oro» y «Los Dramas de Nueva-York»; y D. Pedro Santacilia dió á la estampa sus bellísimos é interesantes «Apólogos».

Bajo esta influencia, en medio de este movimiento inusitado y asombroso, las Escuelas Nacionales hospedaban en sus cátedras, á jóvenes bisoños todavía, que amaban las letras, cultivando en silencio

el divino arte de la poesía. Entre estos jóvenes, figuraban como inspirados y precoces, Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Agustín F. Cuenca, Rafael Rebollar, Gustavo Baz, Francisco Cosmes, Agustín García Figueroa, José Manuel Gutiérrez Zamora, Juan B. Garza, Manuel de Olaguíbel, José Olmedo y Lama, Francisco de P. Ortiz, Miguel Portillo, Javier Santa María, Agapito Silva, Eduardo E. Zárate, Ramón Rodríguez Rivera y Rodolfo Talavera.

Todos estos jóvenes han brillado más ó menos en nuestro Parnaso, y deber nuestro es confesar que han sido alentados por Ramírez, Prieto, Riva Palacio, y sobre todo, por Ignacio Manuel Altamirano, que los ha visto y considerado como á hijos predilectos de su corazón entusiasta.

Fijados así los orígenes de la generación nueva, creada por el triunfo de la República, nos ocuparemos sucintamente para no fatigar á los lectores, de la índole del libro «LA LIRA DE LA PATRIA» del que es autor Juan de Dios Peza, muy conocido por sus muchas y bellísimas producciones, no sólo en nuestra Patria, sino en todos los dominios de la lengua castellana y en extraños países, como lo acredita la traducción hecha al ruso, al italiano, al inglés, al portugués y al francés, de algunos de los «Cantos del Hogar».

No nos ocuparemos de la biografía del poeta; nos toca solamente hablar de la utilidad y significación del libro que encabezamos con estas líneas.

Para nadie es un misterio que la propaganda de fríos sistemas filosóficos, el desconocimiento de muchos héroes y de muchos hechos, amortiguan el amor patrio y el culto por el pasado en los corazones nuevos, y este libro tiende en todas sus páginas á robustecer ese culto, á conmemorar sucesos de altísima importancia histórica; á no consentir que se pierdan los nombres de los mártires; á infiltrar una devoción por todo lo que ha sido grande y hermoso en los anales patrios, y á demostrar por último, que el poeta moderno ya no pulsa el laúd que resonaba junto á los castillos de la Edad Media, ni el mandolín que sólo saludaba el crecimiento de una rosa ó el vuelo de una alondra, sino que busca en los hechos y asuntos que le rodean, un motivo real y verdadero para sus inspiraciones. De esta suerte, los versos á la vez que cautivan, enseñan y aprovechan, y no hay mejor manera de fijar en el ánimo el amor á lo bueno y á lo noble, que la de presentarla en la más hermosa y más sencilla de las formas.

El mexicano que ausente de su patria, ó recorriendo en ella la

vasta extensión de su territorio, lea «LA LIRA DE LA PATRIA», se conmoverá indudablemente, sintiendo en lo más íntimo de su pecho, el orgullo natural y santo de haber nacido en región tan privilegiada y tan heroica.

No puede acusarse al autor de romántico, por más que nosotros creamos, que mientras haya en el mundo amor que lleve hasta el sacrificio, dolores que rediman, esperanzas que consuelen y privaciones que fortalezcan, poniendo de relieve la honradez, la fe y la lealtad, habrá romanticismo y bardos que lo cultiven para provecho de las sociedades.

Después de leído este libro, no se le llamará á Juan de Dios Peza, «cantor del hogar» solamente, sino «del hogar y de la patria», pues no es poco, ni inservible, lo que su nativa tierra le ha inspirado.

No es nuestra época, una de las más propicias para el culto de la poesía. De la sociedad en general pudiera decirse lo que el galano y erudito escritor chileno Don Efraim Vázquez Guarda, en su reciente é interesante libro, «Tajos y Reveses» («Crítica y Sátira») dice del medio en que vivimos.

«Vivimos en un centro en que es mengua ante los ojos de muchos cultivar la literatura. Se prefieren los asuntos económicos ó los sociales, con exclusión de todos los demás. Saber gramática y escribir como Dios y el buen gusto lo mandan, es cosa á la cual muchos no le hallan objeto. En efecto, ¿se necesita acaso de ella para *endosar un vale*, ó para saber lo que Darwin, Littré y tantos más piensan acerca del origen de las cosas, y del hombre en primer término?»

Por fortuna, en México se aman las letras, y todavía hay muchos que buscan gratisimo soláz en los libros. Juan de Dios Peza, que escribió en unión del erudito é inspirado Vicente Riva Palacio «Leyendas y tradiciones mexicanas», busca ahora en los episodios contra el invasor extranjero, en la conmemoración de los héroes y en alabar nuestras glorias, nuevo cauce á su inspiración fecunda.

Esto es el mejor testimonio de que en el brumoso *medio ambiente* en que nos agitamos, con las convulsiones económicas y sociales, hay sin embargo quien tañe el sonoro laúd de áureas cuerdas, cuyas dulces notas son tan gratas y consoladoras, como los ecos de la canción que en la infancia nos arrullaba y nos conmovía.

Sirva esta interesante obra de estímulo á los que se propongan continuar la tarea iniciada por el popular Guillermo Prieto con su valioso «Romancero nacional», seguido por Peza con sus «Romances de la guerra extranjera» y terminada en el porvenir por tantos

hijos predilectos de las musas, que sienten correr en sus venas el fuego sagrado de la inspiración y del amor patrio.

Ya un modesto y levantado poeta épico, Don Eduardo del Valle, ha cantado al inmortal «Cuauhtemoc», mereciendo su poema hermoso los honores de la traducción al francés, según se lo anunciara el poeta parisiense Raoul de Reyrols; ya el dramático Peón Contreras, justamente laureado, escribió un «Romancero de glorias y tradiciones aztecas»; ya Chavero llevó á la escena á Xóchitl, y un ilustre joven uruguayo, el Dr. Pedro Mascaró y Sosa presentó como tesis, en la Universidad Central de Madrid, un estudio sobre la poesía méxico-gentilica. Son innumerables las leyendas, romances y novelas que de asuntos nacionales tratan y parece que gusta y se acepta este nuevo género que ha de constituir una literatura propia.

¡No hay que desmayar en tarea tan noble, poetas del Anáhuac! Cada libro de autor mexicano que aparece, es un nuevo contingente para la reputación y la gloria en que hemos nacido, y como dice el sabio Ignacio Ramírez:

«Lo importante para el literato es el ejercicio; luchando se forman los generales; pintando se revelan los artistas y fulminando los rayos de la elocuencia y confundiendo quejidos con la lira, tal vez conseguiremos ser oradores ó poetas; por lo menos, no nos avergonzará nuestra ignorancia».

Hagámos libros de lo nuestro y para lo nuestro, y seremos sin duda más comprendidos y más estimados en el mundo.

¡Ojalá que este libro produzca moralmente los fécondos resultados á que lo destinan sus páginas, y que á la vez despierte en derredor del poeta otro aplauso, que sea un nuevo lenitivo á sus dolores humanos!

Tlalnepantla, Febrero de 1893.

ALBERTO FRANCO.



## LAS GLORIAS DE MÉXICO

### MUSA ÉPICA

#### Cantos á la Pátria

*En 1893 autoricé á mi amigo Eusebio Sanchez para que hiciera un volumen con mis versos consagrados á encomiar las glorias de la tierra donde tuve la dicha de ver la luz primera, y lo hizo desde luego con el nombre de «La Lira de la Pátria».*

*Once años ha corrido esa obra entre sus manos y ahora me es grato autorizar á otros no menos buenos amigos míos, los Señores Maucci Hermanos de México, para que, refundiendo todo ese libro y agregándole otros cantos editen un nuevo volumen y lo propaguen como lo crean más conveniente á sus propios intereses.*

*Estos versos han sido en su mayor parte escritos para el pueblo, para despertar en los corazones sencillos y sanos el amor ferviente á la Libertad, á la Independencia y á la Reforma, cuyas conquistas costaron tantos sacrificios, tantos esfuerzos y tanta sangre, así á nuestros esforzados insurgentes de 1810 á 1821, como á los que surjieron desde el Plan de Ayutla hasta la restauración de la República en 1867.*

*He querido legar á mis hijos un culto por los que han afirmado la independencia, el crédito y el bienestar de mi pátria, que goza hoy de una paz envidiable, fecunda y sólida.*

*No hay Tabor sin Calvario, y para llegar al Tabor en que miramos flamear la bandera tricolor ¡Cuántos mártires subieron á la cruz! ¡Cuántos perdieron la vida, no la esperanza, en medio de las más encarnizadas luchas y de los más espantosos padecimientos!*

*Mi deber era cantar á esos mártires, á Hidalgo, á Morelos, á Allende, á Mina, á Pedro Moreno, á Aldama,*